

LOS INICIOS DE LA EUROPA MODERNA: 1550 – 1648

1. El capitalismo primitivo y la expansión europea

I. POBLACIÓN Y URBANIZACIÓN

Aparición de las primeras estadísticas demográficas con criterios diferenciadores (España, Italia los mejores casos, siglos XVI-XVII). Registros parroquiales.

Tras el importante descenso de la población en la época de crisis que va de 1350 a 1450, a principios del siglo XVI se inició en toda Europa un fuerte crecimiento demográfico. A pesar de las crisis y depresiones, también en el siglo XVII se produjo en toda Europa un crecimiento demográfico todavía considerable (que retrocede en la segunda mitad).

Con posterioridad a 1600-1620, se ponen de manifiesto en toda Europa diferencias importantes. El crecimiento que se constata en el siglo XVII en Europa provenía principalmente de los países que en adelante constituirían el centro político de ésta. Una de las causas del desplazamiento del centro de gravedad político y económico de los países mediterráneos al oeste y norte de Europa, sería la crisis demográfica provocada por guerras y epidemias que va de comienzos a mediados de siglo y que afectó a todos los países europeos, pero que tuvo consecuencias nefastas para España, Italia y posteriormente para la Alemania de la guerra de los Treinta Años. En algunos casos, las pestes y epidemias junto con la guerra, fueron acompañadas por un debilitamiento de la coyuntura económica. La población rural se vio frecuentemente mucho más castigada que la urbana, mejor protegida. Al comenzar la Edad Moderna, la mayoría de los habitantes de Europa vivían en el medio rural. Cabe señalar también que Europa estaba en este tiempo poblada con intensidad muy variable; la población se concentraba en la mayoría de los casos en las regiones de aglomeración urbana.

La superpoblación de numerosas regiones rurales fue la causa de la falta de trabajo y la depauperación, de modo que muchos tuvieron que buscar en las ciudades nuevas posibilidades profesionales. En el siglo XVI y en la primera mitad del XVII, se registra en Europa un aumento considerable de población, de intensidad variable. El rasgo más sobresaliente es el crecimiento desproporcionado de la población en torno a las ciudades. La agricultura era insuficiente para sostener a la población campesina, siendo otro exponente de ello los innumerables mendigos en las ciudades y los vagabundos en el campo, así como la emigración rural. También se da la tendencia contraria: el éxodo hacia el medio rural en regiones de industrialización incipiente, pero en general, a pesar del incremento natural de la población, en muchas regiones de Europa se puede constatar un “retroceso” de la población rural, o bien un crecimiento en modo alguno comparable al de las ciudades. El atractivo de las ciudades, que reaccionaron ante esta afluencia de personas construyendo nuevos edificios, calles, etc., se debe a causas muy diversas. A medida que la situación jurídica y económica empeoraba en el medio rural, aumentaban las expectativas de una mejora en las ciudades, cuyas industrias ofrecían cada vez mayores posibilidades

de trabajo. Por otra parte, el campo en tiempos de crisis se hallaba más amenazado que la ciudad, en donde siempre se tomaban disposiciones para garantizar un mínimo existencial a sus habitantes.

Los cercamientos de tierras en Inglaterra y la transformación de feudos en haciendas en España e Italia, así como en Polonia y Rusia, ahuyentaron a los campesinos, que perdían sus derechos. Al mismo tiempo, una segunda fase de colonización creó espacio para muchas personas: en Italia fueron desecados terrenos pantanosos, en el este de Europa fueron colonizadas extensas regiones.

El conjunto de Europa experimentó pues, en el siglo XVI, una multiplicación de la población relativamente homogénea e importante, mientras que el crecimiento demográfico de ésta en el siglo XVII favoreció preferentemente a los países del oeste y norte de Europa. En lo que se refiere al movimiento migratorio general del campo a la ciudad – las ciudades crecieron más que el campo –, la población aumentó en las nuevas grandes ciudades europeas, como París, Londres, Amsterdam, con mayor intensidad que en las antiguas ciudades de los países mediterráneos. Finalmente, el crecimiento demográfico generalizado en el medio rural no se ajustaba a los recursos de que éste disponía, y ello dio lugar a una movilidad desconocida en la Baja Edad Media y en los tiempos de la Reforma. El auge de la agricultura en el siglo XVI y la expansión de la producción artesanal en el ámbito urbano fueron una consecuencia del crecimiento demográfico general, aunque se produjera desigualmente y sus repercusiones fueran de muy diversa índole.

II. REVOLUCIÓN DE PRECIOS: CRISIS Y COYUNTURA

La circulación monetaria había aumentado en el siglo XVI, el siglo del gran auge de la economía en toda Europa sin que, por otra parte, la economía financiera hubiera desplazado por completo al intercambio en especie.

En tanto que la mayoría consideraba la carestía como un castigo de Dios y como una consecuencia de la usura y las malas cosechas, Jean Bodin fue el primero en referirse a la superabundancia del metal precioso de América a Europa como ‘causa más importante’ de la subida de los precios. Esta opinión predominaría durante mucho tiempo a la hora de analizar las causas de la llamada “revolución de precios” del siglo XVI.

La producción y circulación de plata había aumentado realmente desde comienzos de siglo, procedente, por un lado, de yacimientos europeos, y por otro, de América. De África provenía el oro. El incremento del volumen de oro europeo fue considerable y sin él no hubiera sido posible ni la nueva o acrecentada actividad económica, ni el desarrollo del Estado moderno primitivo con sus gastos correspondientes de administración, corte y ejército. Se requería dinero para el comercio con el Levante, Indias Orientales y el Báltico; además, era atesorado por la nobleza con fines representativos. La necesidad de dinero fue cada vez mayor, pero pronto dejó de ser posible satisfacerla.

La afluencia de plata americana provocó un proceso inflacionario. Sin embargo, ya no se considera que ello fuera la causa de la RDP, ya que la subida de éstos era mucho

menor que hoy en día. El problema tematizado bajo el concepto de RDP radicaba en el desplazamiento de la estructura de los precios, siendo sobre todo relevante la diferente evolución de precios y salarios.

En el espacio de tiempo que abarca el siglo XVI y los inicios del XVII, los precios de los productos básicos (cereales) aumentaron mientras que los salarios se situaban por debajo de los precios. La situación variaba de acuerdo con el clima y región, pero, exceptuando Holanda, todos los países se vieron igualmente afectados por este problema. El deterioro de la situación de la gente con pocos medios tuvo consecuencias diversas: por una parte, disminuyó la demanda de productos industriales, al menos por parte de esta capa social, y por otra, aumentó la de cereales a costa del consumo de carne. Este hecho activaría a largo plazo la actividad agrícola.

La progresiva diferencia entre el precio del cereal y los salarios tuvo un doble efecto: en primer lugar, una depauperación creciente de amplias capas populares; relacionadas con este problema estarían las quejas acerca del aumento de la mendicidad a fines del siglo XVI. Por otro lado, aumentaron las posibilidades de obtener beneficios de los propietarios de tierras fértiles y bien comunicadas.

Los grandes beneficios derivados del auge económico del siglo XVI sólo revirtieron en una pequeña proporción en las explotaciones agrícolas o en la producción artesanal; en su mayor parte fueron absorbidos por la organización de la administración, del sistema judicial y del ejército de los Estados modernos primitivos, así como por la suntuosa vida cortesana y la representación principesca. Las sumas ingentes de dinero. Las ganancias obtenidas por ambas mediante su participación en el comercio y la industria fueron enormes, mientras que la población y las capas bajas apenas podían mantener con dificultad su estatus social, empobreciéndose no sólo bajo la presión de los tributos y las obligaciones, sino sobre todo porque el desarrollo de la economía se quedó rezagado del crecimiento demográfico.

El 'largo siglo XVI' conoció un gran número de crisis, debidas, al rendimiento extremadamente oscilante de las cosechas, ya que años de abundancia eran seguidos por años de hambre. Las crisis agrarias de inicios de la Edad Moderna implicaban por regla general crisis de hambre. Los habitantes de las ciudades corrieron mejor suerte que los campesinos, la mayoría de los cuales estaban obligados a entregar a sus señores sus excedentes por debajo del precio del mercado. Las ciudades, por el contrario, conocieron una economía de reservas, lo que aumentó notablemente su poder de atracción sobre la depauperada población campesina.

La Sociedad de los siglos XVI y XVII se hallaba en una situación de gran desvalimiento ante las crisis de carestía. Los príncipes y las ciudades trataron de solucionar los problemas, en algunos casos, mediante la venta y distribución del cereal. Se impidieron o prohibieron las exportaciones; se mejoró la economía de reservas. En general, se limitaron a hacer recomendaciones sobre la conveniencia de economizar, detener la venta, controlar los precios de los molineros y panaderos y

expulsar a los mendigos extranjeros. La propia nobleza se aprovechaba con frecuencia de las crisis de carestía.

A partir de 1574, la situación económica en Europa se volvió a normalizar. La crisis agraria fue cediendo lentamente, aunque con diferente intensidad en general. Persistieron, sin embargo, las pequeñas oscilaciones entre el estancamiento de las ventas y los lapsos de incremento. El auge económico generalizado del siglo XVI, se paralizó nuevamente a comienzos del XVII para desmoronarse luego completamente en las décadas de 1630 o 1650. El “lapso de cambio” posterior a 1600 desembocó, pasada la mitad del siglo, en un “lapso de estancamiento”. Este cambio estuvo relacionado con las crisis de la producción industrial y en el comercio y, sobre todo, con la paralización del desarrollo demográfico. Las causas de la depresión general, “crisis del siglo XVII”, sólo se conocen a grandes rasgos.

La crisis de las ventas de principios del siglo XVII estuvo ligada a una crisis del crédito que afectó a un gran número de empresarios del ámbito alemán, así como de Inglaterra y, sobre todo, de Italia. Las quiebras y endeudamientos hallaron una correspondencia en el descenso de la producción.

A la constante subida de los precios que se prolongaría hasta los comienzos de la guerra de los Treinta Años contribuyó la escasez, no sólo de alimentos, a pesar del aumento de la producción, sino también de dinero. Al descender la producción de plata, o bien producirse una fuerte salida al extranjero, se produjo un deterioro monetario que, en la década de 1620, tuvo efectos catastróficos; de ahí el puesta en circulación de las monedas de cobre. Al desplazar el dinero malo al bueno, se produjo una modificación de las rentas y los patrimonios: el dinero bueno desaparecía en las arcas de los especuladores, quedando el malo para los pobres. Esta profunda crisis de la economía no se habría de superar hasta el siglo XVIII.

El proceso de la coyuntura europea en los siglos XVI/XVII se efectuó en dos fases decisivas: los años 1595/1620 se caracterizan por el retroceso del comercio entre España y América. Las epidemias de peste y la expulsión de los moriscos debilitaron la economía española tanto que incluso Inglaterra y Francia sufrirían las consecuencias; sólo Alemania se vio poco afectada por la crisis del comercio con América. Tras un ligero resurgimiento de los países de Europa occidental, en 1620/35, España sufrió nuevamente la peste y una crisis económica grave. La misma suerte corrió Alemania, devastada por la guerra de los Treinta Años. En tanto que la economía de los antiguos imperios del siglo XVI se desmoronaba, Inglaterra y Holanda experimentaban un período de florecimiento; sólo estos dos países saldrían fortalecidos de la crisis agraria y financiera.

III. AGRICULTURA: ORGANIZACIÓN AGRARIA Y PRODUCTIVIDAD

La sociedad europea de los siglos XVI y XVII era todavía una sociedad agraria. La mayoría de la población vivía en el medio rural. La economía doméstica tradicional era predominante; se basaba principalmente en la cobertura de las necesidades personales.

A consecuencia de la creciente movilidad de la población, de la llamada revolución de

los precios y de la crisis coyuntural del siglo XVI, el capitalismo comercial cobró peso progresivo como 'regulador' inmediato de las actividades agrarias; los intereses de mercados de los señores y propietarios forzaron la productividad y cambiaron esencialmente la organización social del mundo agrario. Mientras que en la naciente comercialización de la agricultura condujo en el este a la formación del señorío, directamente explotado, junto a una esclavización simultánea de los campesinos, los mismos intereses y posibilidades de lucro de la nobleza o los señores burgueses fomentaron en Occidente una organización agraria muy distinta, una transformación del sistema feudal con mayores libertades para los campesinos.

Fue en los lugares que estaban más abiertos al mercado y en donde la iniciativa burguesa y el capital fueron invertidos en la agricultura, como Inglaterra y Holanda, fue donde aparecieron los primeros indicios de disolución del feudalismo. Las causas de esta evolución distinta en Europa occidental fueron, en primer lugar, la creación de instituciones estatales que minaron políticamente los feudos, prohibieron las incautaciones de tierras de los campesinos y pusieron todo su empeño en eliminar la influencia de la nobleza, a fin de que todos los vasallos pudieran ser tratados como súbditos desde el punto de vista tributario. El absentismo de los señores de sus posesiones desempeñó también un papel importante; con la creación de los centros cortesanos, trasladaron allí sus actividades, ya que primordialmente estaban interesados en percibir las rentas o en arrendar sus señoríos. El campesino, a medida que fue rompiendo su relación personal con el señor feudal, pasó a estar bajo la protección y el poder del Estado en formación.

Los tipos de organización agraria en Europa evolucionaron a partir del siglo XVI de muy diversa manera en cada país. No menos diferenciada sería la explotación del suelo y de la ganadería. Ello no dependió exclusivamente de la organización agraria en cada caso particular, ya que el clima, la calidad del suelo y, la evolución de los precios y los salarios en la sociedad rural influirían también en el modo y el método de explotación de la tierra y de la ganadería, así como en el incremento de la productividad. Pues a causa de la importante coyuntura agraria del siglo XVI, la propiedad rural era muy codiciada y su acrecentamiento, una inversión de capital. Durante el siglo XVI se da una intensa explotación de las tierras, también zonas pantanosas y boscosas; se busca intensificar la producción agrícola a través de la ampliación de la superficie útil. Paralelamente, se comenzó a buscar la especialización de la agricultura (rotación de cultivos, mejor fertilización del suelo, perfeccionamiento de los sistemas de regadío...).

El incipiente mercado europeo comenzó a dividir Europa no sólo por el tipo de organización agraria sino también por su modo de producción. Mientras que en el este el cereal se producía con destino a la exportación, el oeste se concentraba en la producción industrial. La división tradicional del trabajo en regiones (ciudad-campo), se transformó claramente en una de tipo interregional (países de actividad industrial-países de producción cerealística).

El crecimiento demográfico y la fuerte concentración en la producción de cereal trajo consigo una dependencia considerable de la ganadería del este. En el caso de la

ganadería ovina, desempeñó un papel importante para la floreciente industria textil (inexistente en Europa oriental y central por los daños que ocasionaba a las tierras; próspera en Inglaterra y España).
(ver desarrollo global p.41)

IV. LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL

La producción industrial tuvo un papel menos relevante que la agricultura para la sociedad de comienzos de la Edad Moderna, que en este sentido se irá diferenciando de la medieval de forma gradual. Las personas que se dedicaban a ella eran relativamente pocas. La mayoría de la población se seguía autoabasteciendo de los productos industriales más indispensables (calzado, ropa, herramientas de trabajo, construyendo también, sus propias casas y chozas). Hay que añadir que más de un tercio de la población europea hacia 1600 vivía en los límites de las necesidades materiales mínimas, de manera que la adquisición de productos industriales, aun de los más elementales, se consideraba un lujo. El contraste entre ricos y pobres que ya existía se hizo aún más manifiesto.

El impulso experimentado por la producción industrial en el siglo XVI está relacionado con el movimiento demográfico y la aparición de mano de obra barata excedente de la actividad agrícola, o que, a causa de su carácter temporero, no estaba suficientemente ocupada, dependiendo por tanto de otras posibilidades de trabajo suplementario. Por otra parte, la producción industrial y su extensión a regiones hasta ese momento sin industria, se vio estimulada por la demanda, de parte de nobles, burgueses e incluso algunos campesinos, de bienes de producción. Así, la diferenciación social y el incremento de la demanda fueron fenómenos interdependientes. Podemos observar mayor demanda en las siguientes áreas: construcción, moda, armamentos; además, el comercio de ultramar hizo crecer también la demanda de productos industriales (de todo tipo). El incremento de la producción en el siglo XVI fue consecuencia del incipiente mercado mundial en conexión con una progresiva división del trabajo de carácter suprarregional.

La producción industrial más importante de los siglos XVI y XVII fue la minera y la de paños, que dependían de la obtención de la materia prima correspondiente. El desplazamiento del sur al oeste o norte, responderá a un descenso simultáneo (estancamiento) de las actividades industriales en la Europa oriental, dedicada casi exclusivamente a la producción agraria.

La industria pañera se situaba por delante de la minería y la metalurgia. Se hallaba dispersa por toda Europa y no se concentraba únicamente en las ciudades, sino que, al aumentar la producción en el siglo XVI, también se extendió progresivamente al medio rural, donde numerosas capas subempleadas de la población se ganaban el pan al margen de cualquier estatuto gremial.

-La fabricación de paños se realizaba primordialmente a mano; el aumento de la producción se efectuó mediante la ampliación de empresas o del sistema de trabajo a domicilio, desempeñando un papel importante como mano de obra suplementaria, los perseguidos por causas religiosas y políticas.

-La metalurgia, en combinación con la minería, experimentó un fuerte impulso desde finales del siglo XV a causa de la creciente demanda de dinero por parte de los incipientes Estados territoriales. El mantenimiento de la productividad, su incremento y aprovechamiento dependían de la riqueza de los yacimientos, de los costes de explotación y del tipo de herramientas técnicas aplicables. Son las que en principio se mostraron más abiertas a los avances técnicos.

-La producción de vidrio y las artes gráficas (papel, libros) experimentaron un especial impulso.

-Alarmante escasez de madera (para naves, casas, fuentes de energía). La solución era exportar pero no bastaba. Se puso en circulación el carbón.

A consecuencia de la expansión de la producción industrial y del aumento constante de la demanda, desde los comienzos del siglo XVI tuvo lugar una diferenciación y un abandono de los modos de producción tradicionales más fuerte que en la agricultura. La producción industrial marca una especialización de la producción. También aumentó la aplicación de nuevos descubrimientos y conocimientos técnicos, combinación de artesanía, técnica y ciencia.

Se hizo necesaria la inversión de capital ajeno a la empresa, pues la minería y la metalurgia no podían ya ser explotadas por particulares, dado que era necesario invertir mucho dinero en innovaciones técnicas para una producción más efectiva, y éste sólo podía obtenerse mediante el comercio.

El desarrollo de la producción industrial en Europa dependía de su nivel de organización. La forma principal de organización de la actividad preindustrial de los siglos XVI y XVII siguió siendo el artesanado gremial. Sus empresas se basaban en la unidad domicilio-lugar de trabajo, grupos pequeños; el maestro, su familia, oficiales y aprendices. En las ciudades, los artesanos se organizaban en gremios, que por un lado se ocupaban de la regulación del trabajo; por otra, se ocupaban también de la venta, ejerciendo hacia afuera una política de monopolio que tendía a obstaculizar en favor de los gremios urbanos cualquier otro tipo de actividad artesanal. Si los gremios habían sido progresistas en los primeros tiempos, al iniciarse la Edad Moderna se fueron convirtiendo progresivamente en un freno para el desarrollo, al aplicar de manera restrictiva los mismos medios. El endurecimiento hacia el exterior iría acompañado de un endurecimiento de la estructura interna.: se creó un reglamento por cual se determinaba exactamente la esfera de acción y el modo de vida de cada artesano y oficial.

Paralelamente, aparecieron las primeras producciones de taller que, a diferencia del trabajo familiar, llevaron a cabo una separación entre familia y empresa, facilitando el control sobre la homogeneidad de la producción y la cantidad de trabajo. Se dan los primeros intentos de hacer saltar las formas de organización tradicionales de la producción industrial. Estas empresas eran todavía poco importantes